

1

Objetos de infinidad de colores y tamaños decoraban el suelo del salón comedor. Formaba parte de su rutina recogerlos todos para colocarlos en su sitio pese a que, en los primeros compases de la mañana siguiente, volverían a repartirse por los rincones en un ritual diario como dormir, comer o ir al baño. Una caja de madera con cuatro ruedas, construida y decorada por su cuñado, era su destino final. El día en que Keno entró por la puerta de su casa arrastrándola con un cordón grueso de color azul imaginó las decenas de utilidades que podría darle, pero el regalo no era para ella. Diego lo recibió con el entusiasmo propio de los niños, tan intenso como precederó, transformado con el paso de las horas en absoluta indiferencia, como le sucedería a cualquier niño de cinco años al que le regalan una caja con ruedas y un cordón grueso azul. El que estaba llamado a ser un coche de madera, acabó relegado a contenedor de juguetes para satisfacción de Gabriela, que pensó en esa función desde el primer momento.

La chimenea crepitaba al expirar los últimos restos de materia combustible. Apenas unas brasas caldeaban una habitación que ganaba mucho con el acompañamiento del fuego, que no solo cumplía su función primigenia, también completaba una estampa de olores y colores invernales. Con un Hot Wheels en una mano y un muñeco de las Tortugas Ninja en la otra miró su reloj de pulsera. Pedro tardaría en llegar al menos dos horas. Los viernes con turno de tarde era habitual que alargara la vuelta a casa tomando unas cervezas con los compañeros. Ella trataba de esperarlo en su particular combate contra el sueño, que le ganaba la batalla día sí y día también. Prometieron no desaprovechar los escasos espacios para la intimidad que les

quedaban cuando el pequeño de la familia se rendía al obligado descanso. Un acuerdo infructuoso la mayoría de las veces.

Solo quedaban un par de piezas de plástico junto al sofá, y un balón del Villarreal C.F. tras la puerta de entrada, y la misión quedaría cumplida. Sabía que debía acostumbrar a su hijo a responsabilizarse de sus cosas, pero dejó el empeño para otra ocasión, una vez más. Ni era una madre de manual ni lo pretendía. Con cada trasto en su lugar se permitió la licencia de sentarse, aún a riesgo de dar alas a la somnolencia alimentada por una jornada frenética en pleno inicio de las vacaciones escolares de Navidad, que habían revolucionado su agenda y agotado su energía. Las obligaciones domésticas y los compromisos laborales no se esfumaban porque el niño dejara de ir al colegio durante casi veinte días.

Aparcó la caja de madera en su lugar habitual y se dejó caer en el sofá concediéndole un reclamado alivio a su dolor de espalda. Desde el nacimiento de Diego dormía como una farmacéutica o una enfermera de guardia, lo que podía y mal. El reto consistía en lograr que no se notara a la mañana siguiente.

Encendió la televisión para distraerse. Por las horas, el informativo de la noche encararía su recta final. De un tiempo a esa parte prefería ignorar la actualidad. Algunos sucesos aumentaban la inquietud que ya de por sí sentía cuando su marido salía de casa dándole un beso en la boca y diciéndole aquello de: «Nos vemos luego», como si en su profesión no existiera el riesgo intrínseco de que no fuera así. El recelo fue en aumento desde el nacimiento de su hijo. Dejó el mando a distancia sobre el reposabrazos y cerró los ojos, no para dormir, sino para planificar el día siguiente. Ese era el propósito. Hacer la compra, limpiar los baños, dar sus clases e ir un rato al parque eran las tareas a distribuir las siguientes veinticuatro horas, aunque la fatiga, intransigente opositora de la concentración, apuntaba

a que le tocaría improvisar, como siempre. Casi había perdido el sentido cuando un sonido chillón, inesperado, acabó con su descanso antes de empezar: era el timbre de su puerta.

Sobresaltada, abrió los ojos dejando la agenda mental descompuesta. No esperaba a nadie tan tarde. Si hubiera pasado algo malo la habrían llamado por teléfono, ¿o sería más bien lo contrario? Nunca había pasado una desgracia imprevista y desconocía los protocolos tanto como deseaba que siguiera siendo así.

La preocupación mudó en prisas tras caer en la cuenta de que el estridente sonido podía despertar al pequeño. Abrió la puerta sin mirar a través de la mirilla. Al otro lado, un hombre sonriente levantaba la mano, mostrándose como si de un ramo de flores con mensaje se tratara. Le costó reaccionar, pero cuando su cerebro activó sus enlaces neuronales, que apenas un minuto antes se encaminaban hacia la desconexión, abrió la boca para cubrírsele de inmediato con la mano.

—¿Qué pasa, guapa? ¿Sorprendida?

—¿Cómo...? —La confusión le impedía articular palabra—. Tú...

—¿Qué pasa?, ¿no me vas a dar un abrazo? Es lo que suelen hacer los amigos cuando se reencuentran después de tantos años.

Por un instante, se trasladó a otra época, en la que tanto ella como el hombre plantado en el portal de su casa compartieron una experiencia tan intensa que se rompió por la misma energía que la había sustentado. Hacía mucho que su recuerdo ya no deambulaba por su mente, y le había costado conseguirlo. Y de repente, un viernes por la noche a pocos días de la Nochebuena, ahí estaba, como si hubiera traspasado otra dimensión.

—¿Qué haces aquí? —preguntó más centrada en resolver sus dudas que en dar una respuesta física acorde a un reencuentro con tantas implicaciones emocionales.

—Yo también me alegro mucho de verte —respondió él frotándose las manos—. ¿No me vas a invitar a entrar? Aquí fuera hace bastante frío.

—Yo... No sé si... Bueno, pasa.

No hubo convencimiento. Tampoco vuelta atrás. Él respondió a la invitación con entusiasmo, sin dejar de frotarse las manos como si así pudiera entrar en calor más rápido.

—Huele a leña quemada —afirmó con agrado antes de echar un primer vistazo a su alrededor—. Bonita casa. Las cosas os van bien, ¿no?

Las palabras se amontonaban en algún rincón de su cerebro, aletargado por el cansancio y la visita imprevista. Cerró la puerta, miró hacia las escaleras que llevaban al piso superior, donde su hijo dormía desde hacía apenas media hora, y siguió a su invitado que, sin reparos, se acomodaba ante el calor del hogar. Se había desprendido del abrigo con naturalidad, lo dejó sobre el respaldo del sofá antes de acercarse al fuego. Asumió el papel de extraña en su propia casa, quieta en la entrada del salón sin saber qué decir o cómo reaccionar, hasta que el *shock* inicial se diluyó al cobijo de un lugar que le pertenecía, en el que se sentía segura.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con seriedad.

—Visitar a la mujer más importante de mi vida —contestó sin reparos, abriendo ambos brazos.

—¿Cómo has sabido que...? —Intentó ocultar el rubor con la exigencia.

—¿Que vivías aquí? —la interrumpió—. Preguntando. Ya sabes eso que se dice de que preguntando se llega a Roma. Este sigue siendo un pueblo pequeño, y yo conservo algún amigo por aquí. —Hizo una pausa a la espera de una nueva pregunta que no llegó—. Vamos, no me digas que no te alegras de verme.

—Claro —dijo sin convicción, más preocupada en buscar una

salida diplomática para una situación imprevisible—. Pero son muchos años...

—Demasiados. —Asintió con la cabeza—. Tú estás mucho más guapa. Estás guapísima.

Enrojeció. Los cumplidos en su boca eran más cumplidos. Con las manos sobre el vientre trató de disimular un imposible, esos kilos de más que se le habían quedado tras el embarazo y que no se había preocupado en perder. Pasar de una talla 36 a una 38 con estrecheces, no era ningún drama desde su punto de vista, solo suponía la constatación física de que era una mujer diferente a la joven menuda de huesos marcados de la que se despidió tiempo atrás. Ante él, cobraba una relevancia que nunca le había atribuido.

—Tú no has cambiado mucho —dijo casi en un susurro.

—¿Eso es bueno o es malo?

Sonrió. Un torbellino de sentimientos encontrados la trasladaban hasta esos días en los que, locamente enamorada de ese hombre, se dejaba llevar por la improvisación, la pasión y las ganas de comerse la vida.

—Imagino que bueno —volvió a susurrar con una tímida mueca de satisfacción.

Que comenzara a acercarse para reducir a unos pocos centímetros la distancia que los separaba la intimidó, tanto como que la rodeara con los brazos, igual que entonces. Solapada a él, juntó los párpados para sumirse en una oportuna oscuridad, la que borraba la realidad del presente. Se olvidó de Diego, de Pedro, del dolor de espalda, del cansancio.

—¡Cuánto te he echado de menos, Gabriela! —musitó las palabras en su oído, como si no hubieran sido pronunciadas.

Ella no contestó. Se dejó atrapar tanto como pudo obviar las inconveniencias, que no fue mucho. Al notar el calor de su respiración en la piel, se separó para marcar las distancias, que

se hicieron añicos cuando la besó en los labios. Tres segundos. Uno para dejar que lo hiciera, otro para ser consciente del atrevimiento, y un tercero para separarse, exhibiendo una dignidad resucitada.

—¿Qué haces? Es muy propio de ti irrumpir como elefante en una cacharrería, como si la vida se hubiera parado mientras no estabas.

—En cierto sentido, se paró para mí.

—Darío, ¿qué haces aquí? —preguntó pasándose la mano por la boca para quitarse las ganas de repetir.

—Ya te lo he dicho, he venido a verte. Te echaba de menos.

Después de la boca, las manos se deslizaron por el pelo, mientras lo observaba con miedo tras corroborar el escaso peso que demostraba tener la prudencia en su voluntad. La madurez lo había mejorado, demasiado. Un impulso la obligó a mirar su reloj.

—Pedro está a punto de llegar —mintió—. No creo que le haga mucha gracia que estés aquí.

—¡Pedro! —exclamó socarrón mientras se apoyaba en el brazo del sofá—. Todavía no me creo que acabaras con Pedro Senté. ¡Quién lo habría dicho! Tienes que explicarme cómo fue.

Confusa y excitada, se esforzó por recuperar la compostura, a pesar de que la sonrisa permanente de Darío no ayudaba. Tenía que agradecerle su visita e invitarlo a marcharse; Pedro se enfadaría si al llegar a casa se lo encontraba allí.

—¿Esperas que te resuma tantos años en cinco minutos?

—¿Cinco minutos? Me gustaría que nuestro reencuentro durara un poco más. —Rio con la autosuficiencia del que nada teme.

Darío suspiró. Miró a su alrededor y se concentró en un rincón. Se acercó hasta una caja de madera con ruedas, llena de juguetes. En cuclillas, cogió un muñeco de plástico de un superhéroe.

—¡Coño! Esto sí que no me lo esperaba. —Se giró y le mostró la figura de Ironman—. ¿Hay un niño?

Gabriela asintió luciendo una ridícula mueca, como si su mayor orgullo pudiera convertirse en motivo de vergüenza.

—Diego, tiene cinco años.

—¡Cinco años! Vaya, vaya... No tenía ni idea.

La sonrisa provocadora se desvaneció. Cabeceó. Manejaba pensativo los brazos del muñeco. El descubrimiento de que entre Pedro y Gabriela había algo más que una relación de pareja no fue razón suficiente para conminarlo a marcharse.

—Este Pedro Senté no ha perdido el tiempo...

—Las parejas que se quieren hacen cosas como tener hijos y organizar una vida en común —arguyó altiva y rencorosa.

—¿Quieres a Senté? —la provocó.

—¡Claro que le quiero! No estaría con él ni habría tenido un hijo suyo si no le quisiera —se defendió displicente.

—Una cosa no siempre tiene que ver con la otra —concluyó mientras dejaba caer la réplica del personaje de Marvel en la caja.

Incómodo, se frotó las manos como si quisiera desprenderse de algún resto contaminante. Aquel gesto instintivo fue interpretado por Gabriela como un desprecio que la ayudó a recuperar la lucidez perdida con el impacto inicial. Junto a la caja de juguetes de su hijo estaba el que fue su gran amor, el hombre por el que perdió la cabeza, que le cambió la vida, que la hizo volar, soñar y desengañarse estrepitosamente. Un solo beso la había encendido, pero sus circunstancias eran distintas.

—Darío, ¿por qué has venido?

—Tengo que confesarte que esperaba que lo tuyo con Pedro no fuera tan serio. Venía a verte, a interesarme por cómo te había ido la vida y a hacerte el amor tantas veces como pudiera.

—¿Estás loco? —dijo sofocada mientras un escalofrío, como

una descarga eléctrica, recorría su cuerpo hasta alcanzar la cúspide en sus pezones erizados.

—Por ti, desde luego. Te recuerdo que acabamos porque me convenciste de que era lo mejor.

—¿Has venido para hablar de eso otra vez? —le recriminó Gabriela con tristeza.

—En parte sí. ¿He de recordarte que alejarme de ti no entraba en mis planes? No quería hacerte daño y tú estabas segura de que te lo haría si seguíamos juntos. Y ahora tienes un hijo y dices que quieres a otro hombre...

Se frotó la cara con las manos. Le faltaban las fuerzas para rememorar una relación que la desgastó y la vació por completo. La presencia de Darío en su casa era una carta blanca a meterse en problemas.

—¿Qué quieres, Darío?, ¿por qué has venido?

—No te vale con que quiera verte, ¿verdad?

—Me valdría si te hubieras preocupado por avisar. Presentarte de esta manera en mi casa, a estas horas, después de tantos años... No me parece muy normal.

Darío sonrió de nuevo. A pesar de las precauciones de su anfitriona, pudo alcanzarla con solo estirar los brazos. La acarició.

—¿Tú estás bien? Me gustaría conocer a ese niño.

—No cambies de tema. ¿Qué te trae por aquí?

—Si me invitas a un café te lo cuento.

—Pedro está a punto...

—Ya lo sé, me lo has dicho.

Chistó. Se pellizcó los dedos. Se mordió el labio inferior. Su voluntad y su deseo avanzaban por derroteros divergentes.

—Vamos a la cocina. Un café, una explicación y te vas.

—Hecho.

Darío la seguía cargado de libido y nostalgia. Anhelaba aquellos días en los que deambulaban desnudos por casa haciéndolo

se el amor sobre la mesa, la encimera o contra la primera pared que se brindaba inerte a servirles de apoyo. Desde entonces, había tenido sexo con otras mujeres, sin que ninguna despertara las sensaciones que lo dominaron en el corto recorrido entre el comedor y la cocina. Tantos años después estaba muy cambiada, era más mujer, a sus ojos, más deseable.

Una pequeña isla central llena de artilugios, papeles, lápices de colores y los restos de un vaso de leche con pajita, revestían de vida familiar la decoración. Darío envidió y despreció por los mismos motivos a Pedro Senté, un hombre demasiado afortunado, a su parecer, que disfrutaba de las experiencias que habría querido para sí.

Gabriela abrió un armario y sacó una cápsula de un frasco de cristal después de encender la cafetera que descansaba en la encimera.

Se sentó. Apoyó el codo derecho sobre un folio lleno de garabatos y se frotó la barbilla sin dejar de observar a la que fue su amante y amiga en el momento más explosivo del tránsito entre la juventud y la madurez, a quien renunció al priorizar sus objetivos individuales antes que cuidarla y hacerla feliz. Se reconoció como una víctima del tópico que condena a los humanos a no ser conscientes del valor de lo que tienen hasta que lo pierden.

—Ya tienes tu café. ¿Por qué has venido, Darío? —insistió inquieta por lo mucho que deseaba que aquella conversación no acabara nunca.

—Siempre por qué... Veo que no dejas de buscar explicación a todo.

—Y yo ya veo que tú sigues practicando la evasiva para no hablar claro.

—Estás muy guapa.

Sus provocaciones le retorcían el ánimo. El reto al que se enfrentaba exigía firmeza, pero sentía ganas de gritar y llorar,

menos intensas que las ganas de besarlo, de abrazarlo, de aprovechar un momento que podía ser tan efímero como un suspiro.

—Podrías haberme contado que eras madre —le recriminó sin mirarla, después de dejar la taza medio vacía sobre el plato a juego.

—Decidimos que era mejor romper lazos.

—Lo decidiste tú. Yo solo te complací.

El silencio invadió la cocina. Las ganas de llorar se mezclaron con el deseo, que cabalgó por sus cuerpos empujándolos hacia un riesgo que ambos rehusaban y anhelaban a partes iguales.

—No me creo que no me hayas echado de menos —afirmó dispuesto a mantener una conversación que consideraba aplazada.

—Te lloré muchos días, durante mucho tiempo... —susurró melancólica—. Pero eso ya pasó. Pedro me da todo lo que necesito, y Diego... Diego es lo mejor que me ha pasado nunca.

Quiso disimular su desagrado y solo logró enfatizarlo. Ese hijo debió ser suyo, y odió a Pedro Senté como solo había odiado a una persona hasta ese día.

—Estaba segura de que más pronto que tarde ya no me echarías de menos, que seguirías viviendo tu vida...

—No ha pasado un día, ni un solo día, que no me haya arrepentido de haberte hecho caso —contestó con seriedad—. Gabriela, no ha nacido la mujer que llene tus vacíos.

Adulada, se llevó la mano a los labios. Sonrió para camuflar el temblor de la barbilla.

—¿Por qué has venido? —volvió a preguntar demasiado pronto, sin poder evitar que su voz demostrara que sus sentimientos no eran tan fuertes como su impostura.

Darío no contestó. Dejó poco más de un dedo de café en su taza. Se colocó frente a Gabriela y le acarició un brazo. Los pezones erizados bajo el pijama delataron su excitación.

—¿No te parece como si no hubieran pasado los años?, ¿como si estuviéramos en tu casa, sin preocuparnos por nada salvo por nosotros mismos?

Intentó mostrarse indiferente, pero esa pretensión llegaba con tanto retraso que nadie la esperó. Darío se arrimó tanto que sus respiraciones calentaron el rostro del otro. La besó despacio, apenas abrió la boca. Los dos cerraron los ojos. Envuelta por sus brazos se olvidó de las reticencias y de una realidad que sentía en otra dimensión. La locura transitoria sería su excusa para deslizar las manos por debajo de la ropa y sentir el tacto de su espalda, mientras él la sujetaba por el cuello y la agarraba de los glúteos. Se besaron como entonces, frotándose, encendiendo el mundo a su alrededor. Sus alientos excitados los llenaban de razones para no sucumbir a los reparos. Las ganas de revivir el pasado desterraron la corrección.

Darío la besaba en el cuello mientras su mano derecha abarcaba uno de sus pechos. Al contacto, Gabriela reaccionó.

—Por favor, Darío. El niño duerme en el piso de arriba.

—Si duerme es una bendición —dijo en un susurro sin dejar de incitarla.

—Por favor... Estoy...

Le cerró la boca con la suya. La levantó del taburete en el que había permanecido sentada para sujetarla sobre sus caderas.

—Dime que no me deseas tanto como yo, y pararé.

Lo deseaba tanto que creía enloquecer. Su silencio imprudente desató la intensidad de su amante, que la posó sobre los dibujos de Diego, antes de tirar con ansia de la ropa, dejando al descubierto su busto desnudo.

Iba a hacerlo. Iba a engañar a Pedro sobre la encimera de su cocina, sin premeditación ni alevosía, en ningún caso eximentes de la perfidia. Improvisaba una infidelidad que jamás hasta ese instante se había planteado. Minutos antes organizaba otra

jornada como feliz madre, trabajadora y esposa. En un salto surrealista, substituyó la fatiga por el desenfreno de un encuentro sexual atolondrado, que no pudo acaballar el martilleo de alerta de su conciencia. Diego dormía, pero podía despertarse en cualquier momento; Pedro podía llegar a casa antes de lo previsto, entraría por la puerta con ganas de tumbarse en el sofá abrazado al cuerpo de su mujer. Le partiría el corazón. La mujer desnuda y excitada que jadeaba en su cocina no era ella. No la conocía. Esa extraña ansiaba comprobar si el sexo con Darío era tan especial como lo había recordado, hasta que la pasión se apagó como si de la obsolescencia de un electrodoméstico se tratara, sin previo aviso, como programado por un destino con fecha de caducidad. Esa desconocida en la que se había transmutado por un instinto básico y animal, por revivir un deseo idealizado por la conveniencia de lo que nos gustaría que fuera frente a lo que es, se arriesgaba a desmontar su vida, en un chasquido.

Cuando él introdujo los dedos por la parte superior del pantalón para llegar hasta su intimidad, volvió en sí.

—Darío, para —musitó a su oído casi sin la respiración suficiente para hacerse entender.

—Dime que no me deseas y pararé —repitió él frotándole la espalda mientras la besaba en la cara.

—Darío. Si te importo de verdad, para. Por favor.

—Mierda, Gabriela —lamentó entre dientes mientras apoyaba la frente en su hombro.

—No podemos hacer esto.

—Sí que podemos, solo tienes que dejarme. Te demostraré que ese hombre tuyo te ha dado un hijo, pero no te dará nunca esto.

Atemperó la vergüenza que le provocaban sus pensamientos al juntar los párpados, entregada a aquello de: «Ojos que no ven...», notó la mano de Darío entre las piernas, y con la lascivia desbocada, reconoció su habilidad para escurrirse entre

sus puntos erógenos hasta proporcionarle un placer que parecía vivo en su memoria. Sabía dónde tocar, dónde besar. Con él nunca hubo límites, liquidó tabúes y se reencontró con una sexualidad aplazada. Y en ese pulso reflexivo, mientras Darío accedía a resortes escondidos, Gabriela colisionó consigo misma. Porque con los ojos abiertos el corazón siente con nitidez.

La nevera llena de imanes y folios con dibujos entre abstractos y disparatados en los que solo Diego veía a personas, animales y lugares; las zapatillas de correr de Pedro junto a la puerta del patio, ese lugar en el que le había pedido un millón de veces que no las dejara, le encogieron el ánimo.

—¡Ya, ya! ¡Se acabó! —exigió empujando a Darío para cubrirse los pechos con los brazos—. Ya está bien —musitó fortalecida al decantarse por el lado de la balanza adecuado.

Se miraron sin moverse. Él le pidió consumir su deseo, así, sin hablar. Ella negó con la cabeza y bajó de la encimera. Rozó a Darío, que se resistía a retirarse.

—¿Estás segura?

—Tengo una vida, Darío. Tú ya no formas parte de ella.

Los golpes asimilados hasta tan aplastante sentencia no le habían infligido tanto daño como el rechazo de la única mujer a la que había querido y que, todavía cubriéndose, buscaba la camiseta que había acabado en el suelo, junto al taburete. Se la puso de espaldas a Darío. Una vez vestida, se sintió preparada para zanjar el encuentro.

—Tienes que irte. Vete y no vuelvas.

—No puedo.

—¿Qué quieres? —exigió con ira repentina.

—No puedo irme. Tengo cosas que hacer aquí.

—Bien, pues hazlas, pero no vuelvas a mi casa. Será lo mejor para los dos.

—Será lo mejor para ti.

—Bueno, pues será lo mejor para mí. Sea lo que sea, quiero que te vayas. Quiero a Pedro y...

—¿Quieres a Pedro? Pues ahí encima no parecía que te acordaras mucho de eso —dijo sonriente, antes de que la mano de Gabriela se estrellara contra su mejilla en un arrebato involuntario del que se arrepintió de inmediato.

En cuanto sintió el impacto, Darío reaccionó con contundencia. La agarró por los antebrazos, para acabar tan cerca de su rostro como pudo.

—¡No vuelvas a hacerlo! —masculló entre dientes.

—Lo siento... —se disculpó intimidada por la furia que desprendía su expresión.

—Tú mejor que nadie sabes que...

—Lo siento, Darío, pero es que todo esto... —Abrumada y avergonzada cambió de actitud, pasando de la firmeza a la súplica—. ¿Por qué has venido? No deberías...

La silenció al colocar el dedo índice sobre sus labios. La rudeza se transformó en ternura. La acarició de nuevo. Buscó la piel bajo la ropa, desde la espalda hasta las nalgas, sin encontrar más resistencia que la de la goma del pantalón. Tardó tan poco en bajarlo y dejar expuesta la intimidad de Gabriela como ella en desabrochar el cinturón que sujetaba los tejanos de él. Sin querer, quiso que Darío le volviera a quitar la camiseta. Desnuda, se arrojó a la tentación del engaño.

En el mismo lugar en el que todas las mañanas conversaban sobre sus rutinas, escuchaban las charlas interminables del hijo que tenían en común, en la misma en la que preparaban su comida y compartían mesa y mantel, en la que Pedro le robaba algún que otro beso antes de marcharse al trabajo, o donde al acabar su jornada laboral la invitaba a ir a la cama para practicar un sexo distinto, en esa misma cocina, se entregó a otro hombre

al que había odiado tanto como amado. Lo hizo desde el cinismo del embuste meditado y consentido, aferrada a la idea de que no hay daño si prevalece la ignorancia. No hubo reticencias ante los roces, los besos, los movimientos en búsqueda del placer mutuo, con la experiencia que da saber dónde y cómo dar al otro lo indispensable para satisfacer la libido. Cuando alcanzaron el clímax, de nuevo sobre la superficie de la encimera, Gabriela respiró satisfecha y aliviada, un suspiro que allanó el terreno a un remordimiento que empezaba a asfixiarla tanto o más que el esfuerzo físico requerido para consumir el acto sexual. Darío seguía solapado a ella cuando se cubrió los ojos con una mano. La invadió un arrepentimiento tardío y pueril que no habría existido de haberse impuesto la voluntad firme de no hacer daño a quien se quiere. Era feliz con Pedro y con todo lo que él le aportaba, al menos lo había sido hasta que se dejó follar por su examante sobre la encimera de su cocina a cambio de un orgasmo, un goce tan intenso como pasajero.

Incapaz de permanecer más tiempo en una posición incómoda aunque placentera, Darío se incorporó. Lo ardiente de la fricción de sus cuerpos dejó paso a una gélida noche invernal en una estancia poco acondicionada. Recogió la ropa caída a sus pies sin prisa. Exhibía una naturalidad impropia de alguien que está en hogar ajeno y que corre el peligro de ser descubierto in fraganti por el hombre, tanto de la casa como de la mujer.

Gabriela se dio más brío. Se vistió con agobios. Nerviosa, recogió los papeles sobre los que instantes antes no había tenido inconveniente en sentarse en cueros. Los arrugó sin reflexión y los tiró a la basura. Darío la observaba risueño mientras se subía los pantalones y se ajustaba el cinturón.

—No te imagino de madre. —Se le ocurrió decir al contemplar cómo recogía los lápices de colores que se habían quedado desperdigados por el suelo.

No contestó. Estaba demasiado centrada en tirar a la papele-
ra unos Plastidecor que acababa de estrenar hacía apenas unos
días. Ya pensaría en cómo explicar a Diego su desaparición.

—Mujer, tampoco hace falta que lo tires todo. No ha pasado
nada que no sea natural. —Se apresuró a afirmar para llamar su
atención.

—No lo entiendo... —musitó ella sin dejar de moverse.

Darío sonrió inconsciente de la envergadura de su angustia.

—¿Cómo he sido tan estúpida? —gritó contenida con ambas
manos en la cara.

—¡Ey! —espetó él, con la autosuficiencia del que ha dado
cumplimiento a sus ganas sin temor alguno—. No pasa nada,
cariño. Esto tenía que pasar.

—¿Qué quieres decir? ¿Lo tenías planeado? ¡Mierda! ¿Tan
previsible soy?

—¿Qué dices? No había ningún plan. Solo venía a verte, pero
ha sido inevitable, estar delante de ti... Te ha pasado lo mismo.

—¡Mierda!, ¡mierda! y ¡mierda! —repitió obcecada, dando
vueltas por la cocina—. ¿Por qué me haces esto?

Cuando se dio la vuelta para exigirle una explicación, Darío
distinguió sus lágrimas. Desterró una insolente sonrisa para
mostrar empatía.

—¡Ey! Cariño, no te pongas así.

—¡No me llames *cariño*!

—Gabi, siento no haber sabido pasar de ti. ¿Eso es lo que
quieres que te diga? Siento no haber dejado de quererte en todo
este tiempo y no haber podido estar en el mismo espacio que tú
sin pensar en lo mucho que te deseo.

—¡Mierda, Darío! ¿Por qué has venido? ¿Me lo vas a decir de
una puñetera vez? ¿Qué te ha llevado a pensar que podías pre-
sentarte en mi casa sin avisar?

—Quería saber si sentías lo mismo que yo, y es evidente que sí.

—¡Joder!

Gabriela se manoseaba el pelo guardando una distancia que no había sabido proteger cuando fue necesario.

—Madre mía... ¡Y Pedro a punto de llegar! ¿Con qué cara voy a mirarle? ¡Lárgate de mi casa! Y te pido por favor que no vuelvas nunca más.

—Deberías preguntarle a tu marido por qué estoy aquí.

Frunció el ceño tan rápido como procesó la información.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu querido Pedro es el responsable de habernos puesto en el mismo camino.

El asombro alcanzaba límites inabarcables para Gabriela. Darío lanzó el torpedo de la duda con la naturalidad con la que se abrochaba los botones de la camisa. Pedro lo detestaba, tanto como le permitía su estricto código moral. Hacía mucho tiempo que su nombre había desaparecido de sus conversaciones, pero cuando las protagonizó, los calificativos de su marido hacía él nunca fueron amables. Le guardaba un rencor que partía de la convicción de que su relación con Gabriela quedó interrumpida, pero no concluida. Siempre albergó la duda: ¿se puede dejar de querer algún día a quien se ha amado tanto? Pedro sabía lo que Darío significó para Gabriela y lo que ella sufrió para desprenderse de su recuerdo, así que nunca lo hubiera invitado a su casa y mucho menos hubiera permitido que estuviera a solas con ella.

—¿Por qué me mientes? —inquirió dolida.

—No miento. Cuando vuelva puedes preguntarle.

—Ha llegado el momento de que te vayas.

—Te interesará saber que voy a estar una temporada por aquí.

—¿Qué dices?

—Que vas a tener que acostumbrarte a saber que ya no estoy a kilómetros de distancia. —Se abrochó el último botón de la

camisa antes de ajustársela por dentro del pantalón—. ¡Ah!, y otra cosa. No creo que pueda alejarme de ti. Me fui porque me lo pediste, pero ahora he vuelto, y después de esto... Me queda claro que en realidad nunca quisiste que nos separáramos.

La contrición no compensaba la culpabilidad. Intentó procesar lo sucedido, sin éxito. Le faltaban piezas para completar el puzle. Su vida había sido un remanso de paz y tranquilidad hasta que Darío la interrumpió de nuevo, volviéndolo todo del revés. La primera vez que sucedió, años atrás, se convirtió en el revulsivo que necesitaba para liberarse de su letargo, pero nada quedaba que justificara revivir la misma historia. Carecía de sentido.

El sonido de la llave al encajar en la cerradura y desbloquear la puerta fue como un golpe a traición en la boca del estómago. Todavía en la cocina, comprendió que apenas unos minutos antes la llegada de Pedro habría sido desastrosa. Se habría encontrado a su mujer fornicando con lujuria con el hombre al que más repudiaba de la faz de la tierra. A pesar del providencial retraso, y salvada la imprudencia, la situación no dejaba de ser bochornosa: el cuerpo del delito seguía allí, saciado, autosuficiente y provocador.

Salir a su encuentro le pareció la opción más acertada para anticiparse y amortiguar el impacto.

—¡Qué pronto has llegado! —dijo nerviosa al acceder al recibidor.

—¡Buf!, estoy hecho polvo.

Mientras colgaba el abrigo en el armario de la entrada, Gabriela lo asaltó sin más preámbulos. Temía su reacción.

—Tenemos visita.

—¿Visita? —No ocultó su disgusto—. ¿Quién es a estas horas? —recurrió al susurro para no ser escuchado—. Estoy muerto. Quería darme una ducha y meterme en la cama.

—Pues eso tendrá que esperar —argumentó ella sin saber cómo abordar la noticia, acongojada por la traición.

—Pero ¿quién es?

—Escucha. Creo que debes saber que... —interrumpió su afirmación para carraspear y tragar saliva—. Dice que está aquí porque se lo has dicho tú.

El ceño fruncido de Pedro ratificó su incomprensión.

—Pedro, ¿le has dicho a Darío que venga?

Su rostro mutó. De la curiosidad pasó a la estupefacción y de inmediato a la furia.

—¿Darío? ¿Qué hace aquí?

—Dice que ha quedado contigo.

Masculló, Gabriela percibió a la perfección el: «Hijo de puta» que profirió tras transformar la tranquilidad de su anhelado regreso a casa después de un duro día de trabajo. Lo siguió asustada. Pedro era un hombre racional, responsable y ejemplar, pero las circunstancias no invitaban a exhibir ninguna de sus virtudes.

Darío les esperaba sentado sobre el taburete que había ocupado su amante antes de que acabara desnudándola y todo lo demás. Se irguió en cuanto Pedro atravesó la puerta de entrada.

—¿Qué haces en mi casa? —exigió sin inhibir la ira.

—He venido a visitar a nuestra amiga común.

—Gabriela no es mi amiga, es mi mujer. Voy a volver a preguntártelo. ¿Qué haces en mi casa?

Gabriela, a una distancia prudencial, temía que el tono de voz de Pedro despertara a su hijo. La actitud altanera de Darío no ayudaba a calmar los ánimos.

—Tal vez podrías empezar por explicarle a *tu mujer* por qué me has pedido que vuelva.

—Esto no tiene nada que ver con ella.

Las incógnitas se multiplicaban al tiempo que se confirma-

ban las premisas iniciales. Era cierto que Pedro estaba tras el regreso de Darío. Verse obligada a esperar para descubrir las razones iba a ser su penitencia.

—Pensaba que tendríais una relación de confianza. Que me hayas buscado no es una cuestión baladí para ella.

—Lo es —insistió Pedro cada vez más cerca de Darío con la única intención de intimidarlo, porque ambos sabían que iba armado—. Me puse en contacto contigo por trabajo, y lo sabes. Que estés en mi casa solo es una provocación y una falta de respeto.

Darío sonrió. Pedro armó los puños.

—Pues en ese caso, lo siento. Podrías haber imaginado que pasaría a ver a una buena amiga.

—Estas no son horas de visitar a nadie, y los dos sabemos demasiado bien que Gabriela no es solo una amiga. Mira, te voy a pedir con buenos modos que te vayas, porque no quiero decirte lo que realmente pienso. No por ti, sino por ella.

Gabriela no callaba por consentimiento, sino por vergüenza. La rabia de Pedro estaba justificaba, incluso se quedaba corto. Su ánimo se rompía en añicos al reconocerlo.

—Siento haberte molestado. Creí que lo comprenderías y que no tendrías inconveniente —señaló provocador.

—Lo comprendo tanto como lo harías tú en mi lugar. Lárgate de mi casa y no vuelvas por aquí. Ya hablaremos de lo que tengamos que hablar donde tengamos que hacerlo.

—Bueno, en eso de no volver tendrá algo que decir Gabriela, ¿no?

—Por favor, Darío —intervino de inmediato—. Te he pedido ya varias veces que te vayas.

—Está bien —admitió con falsa resignación—. Siento haberos molestado. No era mi intención. Esperaré su llamada, agente Senté. Ya sabes que no tendré ningún inconveniente en colaborar con las fuerzas del orden en lo que sea necesario.

—¡No me toques los cojones y lárgate!

En su trayecto hacia la puerta, Darío pasó muy cerca de Pedro que, erguido frente a él, alzó el dedo índice.

—Espero que esto no vuelva a repetirse. No eres bienvenido en mi casa.

—Esta casa es de Gabriela, ¿no? ¿O ella es una propiedad más?

Pedro constriñó la mandíbula y sintió las uñas incrustadas en la palma de la mano, contenido pese al hostigamiento. Gabriela se amarró al brazo de su marido para evitar el enfrentamiento físico que Darío instigaba con su soberbia; la misma con la que le brindó un gesto cómplice, el de un hombre que sabe que ha ganado, que se ha llevado el trofeo aunque se reserve el placer de alardear de ello. Inició la retirada con la recompensa del logro alcanzado y la convicción de que lo sucedido en esa cocina solo era el primer capítulo de muchos otros. La actitud de Pedro lo convertía en el perdedor, lo que aumentaba el sentimiento de superioridad de Darío. No lo acompañaron a la puerta, aunque se alejó escoltado por la mirada de un Pedro encendido de rabia con el que le resultaría más difícil lidiar a partir de la atrevida intromisión en su vida privada. Cogió el abrigo del comedor y salió a la calle sin despedirse. Fuera hacía el mismo frío que a su llegada, con una única diferencia: su cuerpo albergaba el calor necesario para sobrellevarlo con indiferencia.

El sonido de la puerta cerrándose no fue el final de nada. Pedro dio la espalda a Gabriela para adentrarse de nuevo en la cocina. Buscaría pruebas, utilizaría su instinto para averiguar qué había pasado en su ausencia... Se estremeció. ¿La traición puede olerse? Escondida tras el hombre con el que había compartido los últimos años, olisqueó con disimulo las mangas de su pijama. Solo percibió el perfume del suavizante, pero Pedro era mucho más perspicaz.

Su estómago iba a volverse del revés. Observaba la escena

como si no le perteneciera, como si nada tuviera que ver con ella. ¿Qué haría si Pedro descubría su deslealtad? Se concentró para ser una mentirosa *cum laude*, perdida en la angustia de no tener explicación para lo sucedido. Quería a Pedro y la vida que compartían. Si para conservarla debía ocultar la insultante facilidad con la que se había entregado al único hombre con el que jamás le perdonaría haberlo hecho, guardaría el más fariseo de los silencios. Simular entereza y naturalidad no iba a ser fácil, menos ante un Pedro tan receloso.

—¿Cuándo ha llegado?

—No hace mucho —respondió lacónica.

—¿Qué te ha dicho?

—Poco. Que venía a verme y que había quedado contigo. Al principio no le creí.

Pedro deambulaba por la cocina con un vaso en la mano, el que había cogido para beber agua y que había vaciado de inmediato sin darse apenas tiempo a respirar.

—¿Por qué lo has dejado entrar?

No supo qué contestar. Temía ser imprecisa y sospechosa.

—Lo siento —dijo sin darse la vuelta. Se apoyó en el fregadero para recuperar la compostura. Lo hizo tras una fuerte exhalación—. Entiendo que es tu amigo. Me cae como el culo, pero es tu amigo.

Su comprensión la desarmó y la humilló a partes iguales. No era un amigo, los dos lo sabían, aunque tampoco sabía precisar qué eran después de tantos años y tanta distancia.

—Lo que no entiendo es para qué lo necesitas —se atrevió a afirmar con la intención de resolver la duda principal, la razón por la que Pedro había decidido ponerse en contacto con Darío.

—No tenías que enterarte, son cosas del trabajo.

—Ya, eso ya lo sé. Pero eres policía, no agente de seguros, ni electricista. ¿Para qué necesitas su ayuda?

—Nena, son cosas del trabajo. Sabes que no puedo contarte lo que...

—Lo sé, lo sé —admitió a regañadientes—. Los asuntos de la policía se quedan en la puerta. Aunque este asunto se ha metido en casa.

Pedro se quedó clavado sobre el mismo azulejo hasta llegar a desesperar a Gabriela, que combatía contra su turbación por no descubrir su vergüenza. Cuando finalmente se dio la vuelta le dedicó una sonrisa dulce que él no correspondió.

En los interminables minutos de silencio con los que la mortificaba sin saberlo, Gabriela reconoció a un hombre bueno, comprensivo y muy enamorado. Pedro era un padre y un marido entregado. Toda su vida más allá del trabajo giraba en torno a Gabriela y su hijo, y ella lo sabía. La hacía reír, la reconfortaba en los momentos de tristeza, la hacía sentir la persona más importante del mundo y era un buen amante, constante y atento. La atormentaba haber puesto todo en riesgo por entregarse a quien no dejaba de ser un recuerdo, intenso y excitante, pero recuerdo al fin y al cabo.

Pedro respiró hondo. Gabriela le acarició el dorso de la mano con timidez dejando que él agarrara la suya; parecía conforme. No pidió explicaciones. Metió la mano bajo la chaqueta. Con su arma, apuntó directamente a la frente de su mujer.